

# ¿CAMARADA O ADVERSARIO?

POR: ARMANDO J. LEDESMA

Aquel chico escuálido con cicatrices en su corazón era mi amigo... y lo traté peor que a un adversario.

Fui el único que conocía su interior, lo había visto reír hasta retorcerse y lo he visto llorando hasta que se le deformaba la cara.

Se sentía confundido por situaciones que estaban lejos de mi comprensión, los cambios, las nuevas normas, la gente que le rodeaba y que me resultaba desconocida. Empecé a mofarme en mi confusión por no entenderlo y para nada tomaba en serio sus sentimientos. Me divertí y lo hice dudar de sí mismo, me adentré en la nueva búsqueda de otras amistades, intentando ocultar lo que pasaba por mi cabeza, quería dejar de pensar en él ocultando lo que quería por miedo a que como yo lo estaba haciendo se burlaran de mí. Busqué entre gente que me parecía cool y divertida, buscaba aprobación y compañía. Pero no era feliz porque le extrañaba, extrañaba a mi camarada, esa voz que me repetía que en mi interior se encontraba brillando una luz que quería regresar a su lado y alumbrarlo, no me atreví de ninguna manera a buscar quien pudiera explicarme lo que sucedía, los sentimientos encontrados, el repugno que sentía a por él y a la vez, esa sensación de que si yo no lo ayudaba podría perderse para siempre y por ratos lo desee, quise que desapareciera por me daba horror su comportamiento, su tristeza no me dejaba continuar con las actividades que sí, me interesaban. - ¿Por qué siempre tiene que estar de ese asqueroso humor? -

¡Me tenía totalmente harto!

Pasando el tiempo decidí intentar olvidarme de él, aunque día con día continuaba viéndolo, no volvimos hablarnos. Cruzábamos miradas por las mañanas a veces elogiaba mi peinado o mi apariencia, pero yo ya no le contestaba, y alguna que otra vez por la noche me pareció que me daba una bendición, me sonreía con mucha tristeza, yo solo lo ignoraba, me sentía algo avergonzado por comenzar a olvidarlo.

Lo comencé a ver deshecho, pero seguí mi vida sin pensar en él.

En aquellos buenos días en que algo gracioso sucedía en mi vida, no podía evitar escuchar su risa de manera casual, ¿será que se ha logrado aferrar más de lo que me merezco?

En la escuela un buen día llegó un profesional, comenzó a darnos una charla que a todos parecía tenerles sin cuidado, y al inicio me costó mucho prestar atención, no tenía mucho interés en que alguien me creyera loco, hasta que en la charla aquel hombre comenzó a decir cosas que para mí tenían mucho sentido... pensé en aquel chico, en aquel amigo al que le había sido desleal por tanto tiempo.

Pensé en toda la tristeza en su mirada y lo egoísta, y brutal que fui con sus sentimientos, y sabía, pero afirmé que no quería perderlo de ninguna manera, que era mi amigo, me porté como el adversario que quería destruirlo porque no entendía lo que sucedía, me daba miedo no ser capaz de lidiar con esta situación y preferí ignorarle, salí de clases y corrí directo a casa, tiré al entrar mi mochila y lo llamé, necesitaba encontrarlo y pedirle perdón, se encontraba en mi

habitación... ya estaba esperándome. Me hizo la sonrisa más sincera que en mucho tiempo no había visto en su rostro.

Lo miré a los ojos:

-De verdad lo siento-

Tuve que desempañar el espejo que entre lágrimas y suspiros había ensuciado, quería verlo claramente y no olvidar.

No quiero olvidar esta promesa que estoy por hacer

Querido amigo, querido mí mismo, nunca ignoraré tus sentimientos, y jamás volveré a dejarte a la deriva. Por que entre todas las amistades que necesito en el mundo, solo me necesito a mí mismo para salir adelante.

No tengas miedo tú aquel que está tomándose la molestia de leer mis líneas, y esta promesa es para ti también solo si dejas de ignorar tu voz y a tu reflejo. Siempre habrá alguien en quien puedes confiar.